

HISTORIA

Biblia y traducción (36): «Y cantarán las sirenas en aquellos lugares»

Por Juan Gabriel López Guíx

«Y entre las ruinas de sus palacios resonarán los ecos de los búhos, y cantarán las sirenas en aquellos lugares que fueron consagrados al deleite». En este versículo de Isaías (13:22) que profetiza la destrucción de Babilonia, las versiones de Scio (1791-1793) y Torres Amat (1823-1825) nos permiten escuchar el primero y último canto de las sirenas en el imaginario bíblico en castellano, porque esos seres desaparecerían en las versiones posteriores. En realidad, cierta incomodidad ante su presencia es perceptible ya en Torres Amat, versión a la que pertenece la cita y donde una nota a pie de página explica:

La voz hebrea *תָנִים* *Thanim* propiamente significa no *Sirena* sino un monstruo cualquiera: la Sirena es monstruo marino, y Babilonia no es puerto de mar; y así san Jerónimo opina que aquí se habla de un monstruo terrestre. Por eso aquí se traduciría mejor: *y se oirán cánticos como de Sirenas en aquellos sitios consagrados al deleite.*

Tanto Scio como Torres Amat partieron del texto latino de Jerónimo, quien tradujo entre 390 y 405 el Antiguo Testamento a partir del texto hebreo, pero también consultó otras versiones. Su versión redujo a una sola referencia (en nuestro versículo: «sirenes») la media docena de menciones a esos seres híbridos introducida por los traductores de los diferentes libros de la Septuaginta. Se estima que esa versión griega de Isaías es de principios del siglo II a. e. c. Tanto en época helenística como para Jerónimo seis siglos más tarde, en las postimerías de la civilización romana en Occidente, las sirenas eran seres ornitiformes. Jerónimo las interpretó en su comentario como una especie de grandes dragones, crestados y voladores; y por «dracones» tradujo el resto de sirenas de la Septuaginta, que también pasaron a «dragones» en Scio y Torres Amat, siempre en compañía de «avestruces» como epitome de la ruina y la desolación (Isaías 34:13 y 43:20, Jeremías 50:39, Miqueas 1:8 y Job 30:29). Las biblias modernas suelen traducir en todos esos lugares «chacales»: se interpreta ahora que la palabra hebrea *tanim* es el plural de *tan*, «chacal», y no debe leerse *tanin*, «monstruo marino» o «dragón».

Las sirenas griegas, cuya aparición literaria más antigua se produce en el canto XII de la *Odisea* (siglo VIII a. e. c.), constituyen una «traducción» de los pájaros (muchas veces, halcones) de rostro femenino con que los egipcios simbolizaban la *ba*, «manifestación» (o espíritu) de un difunto, como la representada en una estatuilla de la tumba de Tutankamón (siglo XIV a. e. c.). La patrística cristiana las convirtió en representantes de la volubilidad y asimiló sus cantos con el atractivo de las falsas doctrinas. En Occidente, se metamorfosearon en seres pisciformes a partir del siglo IX, cuento empezó a difundirse el *Liber monstrorum*, compuesto un siglo antes y atribuido a Aldhelmo de Sherborne, donde se describen del siguiente modo:

Las sirenas son doncellas marinas que engañan a los navegantes con su gran belleza y la dulzura de su canto; de la cabeza al ombligo tienen cuerpo de virgen y forma semejante al género humano, pero poseen una escamosa cola de pez, que siempre ocultan en el mar.

Éstas son para nosotros las sirenas-sirenas y las que parecen incomodar por incongruentes en Babilonia a Torres Amat. Cada época construye sus representaciones con lo que tiene a su alcance. Como en una ciudad varias veces milenaria cuyos habitantes utilizan sus piedras según las necesidades del momento, apropiándose de los materiales del pasado y adaptándolos a nuevos usos, también imágenes, símbolos, significados y significantes son trasladados de un sitio a otro y se usan para nuevas construcciones culturales. Los animales aulladores del desierto del texto hebreo adoptaron en época helenística el significante de una apropiación homérica de un símbolo egipcio de la ultratumba. Durante un milenio, ese significante apuntó, primero en griego y luego también en latín, hacia unos seres híbridos mitad ave y mitad mujer; y luego, a lo largo del milenio siguiente, la mitad ave fue mudando en mitad pez. Bajo esta última forma aparecieron en el siglo XIX en la Biblia de Torres Amat. En el siglo siguiente, las versiones hechas al castellano a partir del hebreo volvieron, tras el periplo aéreo y acuático, al mamífero terrestre original. En forma de ave o de pez, las sirenas habitaron en territorio bíblico durante dos milenios; ahora, eternizadas en la piedra de los capiteles, de ellas sólo nos queda su silencio.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)